

Del juego a la profesión. 30 años del sueño de la Compañía de Teatro **Jácara**

Carmen Marimón Llorca
Juan A. Roche Cárcel (Eds.)



© los autores
© Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2012
c/ San Fernando, 44 - 03001 Alicante

Maquetación e impresión:
INGRA Impresores

ISBN: 978-84-7784-~~628-4~~⁶³⁷⁻⁶
Depósito legal: A 785-2012

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.), sin el permiso de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

«Del juego a la profesión. Treinta años del sueño de la Compañía de Teatro Jácara», Carmen Marimón Llorca-Juan A. Roche Cárcel	13
--	----

I

UN POCO DE HISTORIA

«Ayer, hoy y mañana de Jácara», César Oliva.....	29
«Siempre están ahí», Cristina Martínez	37
«¿Sonrisas y lágrimas», Mari Sol Limiñana.....	45
«Frescura y alegría», Jaume Policarpo	51

JÁCARA, COMPAÑÍA TEATRAL Y ESCUELA DE DRAMATURGIA

«El autor también es importante», Rodolf Sirera.....	61
«Jacarear por seis lustros», Virgilio Tortosa	65
«Laboratorio de actores: de Shakespeare, musicales y otras variantes teatrales», John Sanderson	71
«De enfermo a enfermo», Maxi Rodríguez	81
«Soy el teniente Alejandro Domínguez», Rafael González	85
«Jácara 30 años...», María Dolores Padilla	89

«JACAREAR POR SEIS LUSTROS»

Virgilio Tortosa

Historia viva del teatro alicantino de la democracia, sus tres décadas en activo, seis lustros, ofrecen sobradas dosis de la manida crisis del teatro que hace de la necesidad virtud, al estar siempre inventándose para permanecer en cartelera de manera, más o menos, continuada a lo largo de todo este tiempo. Porta en su nombre el estandarte de la tradición (al homenajear a aquellas piezas satíricas de puro entretenimiento que se representaban en el entreacto de las funciones de nuestros siglos de oro) para proyectarse sobre la realidad naciente de la democracia y (re)surgir como un teatro de repertorio vivamente contemporáneo y vigente que repercute sobre un amplio público sin el menor prejuicio.

Uno siempre pensó que el milagro de Jácara, cual freudiana explicación, radica en su germen, alentado por un joven y entusiasta profesor de instituto capaz de transmitir a sus pupilos, entonces adolescentes, la grandeza del arte de Talía y el espíritu de construcción de una nueva realidad a través de la palabra sobre el escenario. Todo estaba por construir y el referente del teatro independiente parecía inevitable. Los clásicos estaban ahí –Rojas Zorrilla, Vélez de Guevara, Muñoz Seca, Timoneda–, aunque pronto re-interpretados, y cómo no la creación colectiva de moda en las décadas anteriores privilegiando la acción de grupo, poco a poco vendrán textos de la cabeza visible de Juan Luis Mira, y de jóvenes con inquietudes creativas que descollarán años después como Paco Sanguino y Rafael González. Pero no se quedan atrás dramaturgias a rescatar como Pere Peyró, Arrabal, o el cáustico Perea. Mientras tanto el grupo ya ha creado plena conciencia de *jacarear* de bolo en bolo por la geografía valenciana primero, y luego española. Hay un punto de inflexión en 1994 con la representación de *El Aumento* de precisamente Georges Perec, una limpia y excepcional dirección de Sergi Belbel firmada para la ocasión. El éxito del trabajo bien hecho traspasa fronteras a partir del trampolín del Festival Iberoamericano de Cádiz, y Jácara salta el charco para



proseguir su carrera internacional. La lección no se sabe si se aprende perfectamente pues Jácara vuelve al *Juan Palomo* de *yo me lo guiso yo me lo como* con fórmulas que le funcionan entre el divertimento jacarandoso y el musical; uno siempre pensó que debió dar un paso adelante todavía más atrevido que el anterior. A uno siempre le sorprendió el que un género tan difícil y complejo como el musical le funcionara a un equipo que insistió una y otra vez en el mismo. Tiene la baza de voces soberbias como Gloria Sirvent, y frescas coreografías fruto de la jovial lucidez y el sorprendente dominio escénico de Mira. Los lenguajes contemporáneos son lo suyo, y hace guiños a los problemas juveniles y sociales en los que mirarse la amplia mayoría del elenco. Pero en el recuerdo se agolpan espectáculos infantiles de estética cuidada y resultados excelentes como *Violeta* y *Pantagruel*. La ironía, el divertimento sobre el escenario, son la mayor garantía de una concepción estética postmoderna pegada a la realidad del final del siglo XX. No hay voluntad de resolver nada sino de cuestionar los signos de un tiempo *kitsch*, *demodé*, *technicolor*.

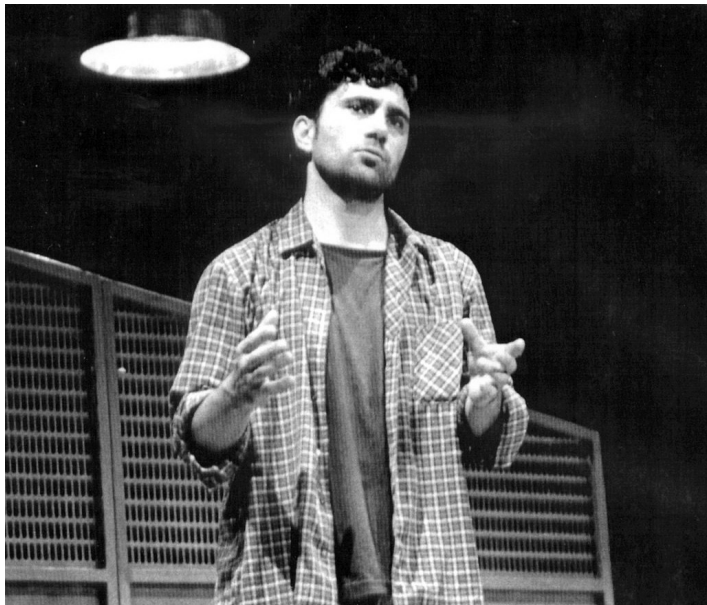
Qué decir de sus miembros, cuando antes que profesional se es persona. Ahí están el talante de un elenco de actores humanamente humanos, encabezados por quien debió lidiar en las lides de líder por su alta capacidad de hacer equipo, Juan Luis, el más humano de entre los humanos. Como aquellos grupos de calle de los sesenta que entregaron sus vidas a la estética del teatro habitando incluso en comunidad y haciendo de éste un modo de vida, los de Jácara hicieron un espacio de creación en su más vasto sentido cuya base fue el compartir y el construirse bajo conciencia colectiva de equipo. Su mayor escuela fue la práctica escénica de manera que aprendieron el oficio conforme la marcha. Ha sido Jácara la escuela de arte dramático que siempre careció la ciudad de Alicante, la referencia de la profesionalización del arte escénico, y en ella crecieron como personas y como profesionales una cantera de miembros capaces de integrar al tiempo que de proyectarse hacia ciudades más normalizadas –y con futuro– a efectos escénicos como Madrid, Barcelona o Valencia. En ella se hicieron dramaturgos, de diferentes generaciones, como Mira, Sanguino, González o Carbonell, actores de amplia trayectoria nacional como Manuel Ochoa, Toni Misó, Joan Miquel Reig, Pedro del Rey, Iván Gisbert o los más permanentemente ligados a la compañía como Gloria Sirvent, Marisol Limiñana o Mila García. Pero ahí aprendieron la gestión teatral, la luminotecnia, la escenografía, el atrezzo y todos los recovecos de la profesión. De la nada se inventó una profesión en sus más diversas facetas.



Violeta y Pantagruel, un espectáculo infantil

Todavía, tantos años después, resulta increíble comprobar cuando Alicante a Escena, la Muestra de Autores Contemporáneos, o algún que otro evento pone en cartel un nuevo estreno de Jácara en el Principal o en la Arniches, la entrada al teatro y sus palcos rebosan de alicantinos expectantes, formando corro en tertulias y especulando sobre lo nuevo a ver; una popularidad en la ciudad pocas veces lograda por grupos de teatro profesionales, seguido con fidelidad absoluta por sus lugareños como el gran evento cultural de la ciudad que es. Jácara no sólo es la referencia teatral viva de la ciudad de Alicante sino la escuela de comediantes y dramaturgia que nunca existió, el politécnico de los oficios lumínicos, escenográficos y vestuario inexistente o el máster de gestores culturales imposible. Un capital que cuenta con 30 años, ¡seis lustros!, de trayecto.

Cuando uno se pone a contemplar hacia atrás sus espectáculos piensa lo increíble de lo transitado por una compañía tan maleable, con un repertorio entre el teatro infantil (que asegurara su supervivencia económica), el taller de creación colectiva que pervive como espíritu inconformista de época, el teatro de repertorio, y el teatro de autor contemporáneo; piensa uno en aquel punto de inflexión con aquel espectáculo excepcional de Perec que a uno se le quedó grabado en su retina, y que forma ya parte del repertorio inolvidable noventero del teatro valenciano, y qué hubiera sido de apostar al doble o nada. Pero ésa es otra historia. Jácara se tutea con compañías valencianas de la nueva hornada de la democracia como Bambalina, Moma, Pavana, Albena, Ananda, Xarxa, PTV, formando parte del milagro escénico valenciano de los noventa. Una normalidad autoimpuesta a base de talento pero sobre todo mucho esfuerzo colectivo. (Y no debe poco, como todas estas compañías –pero ése es otro cantar que algún día habrá de aclarar– a cuantos gestores culturales se atrevieron a programarlos.) Ahí no es poco lo logrado con su teatro desenfadado y postmoderno, comedidamente transgresor y vivo, jacarandoso por todos sus costados.



Toni Misó, en *La Confesión de un hijo de puta*



Elvis